

Tú ha tiempo indagas quién fue el asesino de Layo. El está aquí. Es un advenedizo que adquirió domicilio entre nosotros. Vamos a ver muy pronto que no es advenedizo: es nativo de Tebas. Y cuando sepa el hecho, no va a sentir alegría. El que ahora ve, será ciego; el que ahora es poderoso en riquezas, va a ir a mendigar su pan a tierras extrañas, apoyado en un pobre bastón. Se va a ver pronto que es hermano de sus propios hijos, y también su padre. Y de aquella de quien él nació, es al mismo tiempo hijo y consorte, y para su padre, usurpador de su esposa y matador suyo.

Ya está: no hay más. Piensa en lo que acabo de decir. ¿Dirás que miento? ¡No: sería negar mi calidad de vidente!

Se va Tiresias. Entra Edipo al palacio.

Coro. Est. 1.—¿Quién es, quién es el que señala de Delfos el Oráculo desde la roca enhiesta? ¿Quién, el que, con manos empapadas en sangre, pasó de lo tremendo que decirse no pueda a cosa más tremenda que ningún labio proferirá?

¡Vengan, lleguen ahora los caballos indómitos, hijos de la tormenta, que llega el hijo de Zeus, con arsenal de rayos y relámpagos, y en pos de él caminan presurosas las Moiras y las funestas dioses de la venganza y de la muerte!

Ant. 1.—Desde la altiva cumbre del Parnaso que nieves amon-tona, salió la voz vibrante y poderosa. Manda que se rebusque la huella del homicida, a quien nadie conoce. El está por ahí, bajo una arboleda sagrada, o ambula enloquecido por los hirsutos riscos, cual si fuera un toro sin manada, maldito en sus pisadas, maldito en sus bramidos. No quiere que a él lleguen oráculos sagrados que de Delfos provienen, allí donde se arraiga el ombligo mismo de la tierra. ¡Vienen ya, aunque él no quisiera, van en torno de él haciendo giros!

Est. 2.—¡Espantoso es, sí, espantoso el temor que me infunden los agüeros del sabio vidente. Creer en ellos no puedo; tampoco desecharlos!

No sé qué decir puedo. Vuelo entre la esperanza y los temores. Nada miro detrás, nada delante de mi vida.

¡Pues, qué relación entre los hijos de Lábdaco y el linaje de Pólipo? ¡Nada hay en el pasado, nada hay en el presente, que atar pudiera vínculos entre ellos! ¡He de dar un fallo adverso contra Edipo por rumores? ¡Sentada está su fama! y, ¿cómo defender a los descendientes de Lábdaco, contra el asesinato?

Ant. 2.—Zeus y Apolo, sí, son concedores plenos de la verdad y perciben todo lo referente a los mortales, ¡pero que entre los hombres un adivino sepa más que yo!, ¿podré admitirlo? ¡No tiene la verdad un juicio único! Un saber a otro saber supera. Un hombre vence a otro hombre en conocimientos. Mientras yo claras no mire las pruebas; mientras plenamente apodícticas no sean, no puedo dar asenso a las acusaciones que formulan los que aquí han pregonado los delitos.

Cierto es que vino la doncella con alas y él dio inapelable demostración de que salvaba a esta ciudad augusta. ¡Por eso yo en mi mente nunca a él pudiera imputarle maldades!

Entra Creón por el lado derecho.

Cr.—Señores ciudadanos: he tenido noticia de que el rey Edipo contra mí ha formulado cargos calumniosos. No puedo yo sufrirlo y a eso vengo. Pues si en el infortunio del presente sospecha en mí culpa alguna, sea en mis palabras, sea en mis hechos, ¡acabe ya el límite de mi vida! ¿A qué, si se me infama, he de vivir? ¡No es una simple inculpación esta: es ruina sin igual el que me vituperen de malvado, malvado a la ciudad y malvado ante los seres que yo amo!

Corif.—¿De ira nació quizás el vituperio: no brotó de razones de la mente!

Cr.—¿No se ha afirmado que por mis instigaciones dio falsas profecias el vidente?

Corif.—Verdad es; se dijo... pero no sé cuál fuera el sentido de eso.

Cr.—¿De ojos en equilibrio, de mente en su juicio proviene esta grave acusación en contra mía?

Corif.—Eso no sé. Lo que mis amos hacen no lo veo. El mismo viene aquí, sale de casa.

Edipo sale del palacio.

Ed.—¿Conque eres tú! ¿cómo aquí vienes? ¿Osas pisar mi suelo? ¡Tú, el asesino que a mi vida atenta, tú el ladrón que ambicionas mi solio...! Dilo, di, por los dioses: ¿Qué te figuras que hay en mí? ¿Impotencia? ¿Incapacidad de discurrir? ¿Qué hay para que así me trates? ¡No iba yo a descubrir tus artimañas... tus engaños, tu loca ambición! ¿Crees que no puedo castigarlos? Loco eres, sí, cuando intentas escalar un trono usurpado. Son poder o riqueza los únicos que triunfan.

Cr.—Debes hacer lo que yo diga. Calla. Hablaste ya. Serás juez de mis dichos, pero óyelos primero.

Ed.—Hábil en el hablar tú, pero yo tardo en comprender. Duro y malévolo hacia mí te descubro.

Cr.—Eso, eso ahora es lo que debes oír.

Ed.—Eso, eso es lo que no debes negar, que eres un malvado.

Cr.—¿Crees que basta tu altivez? Si no tienes razones en que fundarla, andas descaminado.

Ed.—Crees que tú puedes hostigar a un allegado, sin dar el pago de castigo, eres el que anda fuera de camino.

Cr.—Te concedo razón. Dígase que es justo lo que dices. Dame a conocer ahora de qué delito me acusas.

Ed.—¿Fuiste tú o no quien dijo que debía venir aquí el santo adivino?

Cr.—Y en el mismo dictamen persevero.

Ed.—¿Qué tiempo hace que Layo...

Cr.—¿Layo qué? ¿Qué le pasa? ¡No sé adonde vas!

Ed.—...murió en muerte violenta?

Cr.—¡Según; pueden ser muchos y largos años que ya corrieron.

Ed.—¿Y en ese tiempo era ya el adivino quien ejercía el oficio?

Cr.—¡Sabio y diestro y amado, como ahora mismo!

Ed.—¿Y en ese tiempo hizo mención de mí?

Cr.—Ante mí nunca y acaso en forma alguna.

Ed.—¿Es que no hicisteis averiguaciones acerca de la forma en que cayó el difunto?

Cr.—Se hicieron, sí. ¿Cómo no? ¡Nada se logró saber!

Ed.—¿Y cómo no declaró ese sabio lo que ahora proclama?

Cr.—¡Eso no sé! Lo que ignoro, lo callo.

Ed.—Algo sabes y vas a decirlo, si no has perdido el juicio.

Cr.—Di qué; si lo sé, te lo digo.

Ed.—Lo que sabes es que, si no se hubiera puesto de acuerdo contigo, no me atribuyera la muerte de Layo.

Cr.—¿Dices eso? ¡Allá tú lo sabes! Ahora van mis preguntas, como vinieron las tuyas.

Ed.—Pregunta cuanto quieras. Nada podrás sacar tocante al asesino.

Cr.—Va pues. ¿Estás casado con mi hermana, sí o no?

Ed.—¡Cómo negarlo. Cierto es lo que preguntas!

Cr.—¿Eres o no el rey por derechos de ella? ¿Sois iguales?

Ed.—Lo que ella quiere, yo también lo quiero.

Cr.—¿Y no soy yo también el tercero en el mando?

Ed.—Eso, eso te denuncia como traidor amigo.

Cr.—Pues eso no. Piensa conmigo un momento. ¿Quién hay que quiera reinar en zozobras, si puede dormir tranquilo con el poder en sus manos? Yo, lo digo por mí — ylo dirá todo hombre en sus cabales— prefiero reinar a llamarme rey.

Cuanto yo necesito de tí lo tengo todo. Y nada me afana. Si rey yo fuera, tendría que preocuparme al extremo. Y, aun así, ¿crees tú que yo prefiera un trono cercado de congojas a una vida libre, sin penas y sin afanes? ¡Sí, soy un mentecato, pero no llega a tanto mi necedad! Bien quisto soy de todos, todos a mí se rinden, y el que algo lograr quiere de tí, a mí se acerca. Eso basta para que lo obtengan. ¿Me juzgas tan insensato que yo dejara esta situación para adquirir la que está cargada de angustias? Para no ser traidor basta tener la cabeza en su lugar. Ni me placen estos pensamientos, ni tengo trato con quien los abrigue.

Hay un modo de salir de dudas. Envía al santuario Pitio a quien pregunte al dios, que solicite un oráculo: él dirá si he sido un mentecato. Y si entonces hallas que el agorero y yo nos hemos puesto de acuerdo, dame la muerte. Y eso será por dos condenaciones: la que tú hagas y la que yo desde ahora estoy haciendo.

Pero infamarme por pura sospecha, darme el baldón de traidor, sin pruebas no lo tolero. Injusto es lo mismo tener por malo al justo, que venerar como justo al malvado. ¡Un amigo perder, sí es leal, es una tragedia, tanto como si la vida misma se perdiera: si él se pierde, se pierde la vida!

Te va a enseñar el tiempo. Es el único que da a conocer quién es el hombre honrado, pero, para saber quien es un traidor, con un día basta.

Corif.—Bien hablaba este, para quien huya del error. Dar un fallo de prisa expone a mil errores.

Ed.—Si hay un traidor en las sombras camina para asestarme el golpe, y va de prisa; de prisa tengo que ir para esquivar sus tiros. Me quedo quieto, inactivo, me da su golpe y yo quedo en el inútil vacío.

Cr.—¿Qué pretendes, en fin? ¿Vas a desterrarme?

Ed.—¡Eso no: poco es. Voy a matarte: ¿cómo destierro?

Cr.—Di siquiera por qué me aborreces.

Ed.—¿Vas pensando en que eres culpable? ¿Que obedecer no quieres?

Cr.—Cierto, pues te veo loco.

Ed.—¡Pero en lo que me atañe!

Cr.—Y ¿en lo mío por qué no?

Ed.—¡Ah, no: tú traidor eres!

Cr.—Y, ¿si nada entiendes?

Ed.—Al rey se le obedece.

Cr.—A un rey; no a un tirano.

Ed.—¡Ciudad, ciudad, ahora!

Cr.—También la ciudad es tan mía como tuya.

Corif.—¡Alto, príncipes: oportuna sale la reina! Ella podrá calmar esta contienda.

Sale Yocasta y se coloca entre Edipo y Creón.

Yocasta.—¡Ah desdichados, ¿gritar y discutir con tal ardor por una nada? ¿No os hace sentir bochorno el ver que la tierra está en agonía y levantáis así contiendas íntimas? Tú regresa al palacio. Tú, Creón, a tu casa. No una bicoca cauce infortunos!

Cr.—¡Tu esposo, él fue, oh hermana! Ese Edipo que inventa mil agravios en mi contra. Y dos caminos fija: o desterrarme, o matarme.

Ed.—De acuerdo: es que lo he descubierto en una trama para quitarme a mí la vida con traición alevosa.

Cr.—¡No, y no! Maldíganme los cielos si algo hice de lo que me imputas.

Yoc.—¡Cree por los dioses, tú, Edipo! ¡Respetas el juramento y a mí que estoy presente, respétame también! ¿Y qué ante los demás? ¿No te refrenas?

Corif. Est.—¡Oye la voz, rinde la voluntad, oh rey: te lo estoy rogando!

Ed.—¿Que debo yo rendir la voluntad? ¿En qué?

Corif.—Considera a ese hombre: ya no es un niño y ahora por sus juramentos es más grande.

Ed.—¿Te das cuenta de lo que pides?

Corif.—Me doy.

Ed.—¡Di qué quieres!

Corif.—Tu allegado es. Lo ampara un juramento. ¿Cómo acusarlo por vagas sospechas?

Ed.—Tú a tu vez, piensa. Eso que solicitas, significa mi muerte, o mi destierro de esta tierra.

Coro.—¡No, no: tomo por garante el primer dios entre todos los dioses: al Sol invicto! ¡Que muera yo deshecho, aborrecido de dioses y hombres, en la forma más dolorosa y macabra, si tal pensamiento ha entrado en mi mente!

Pero el dolor de mi patria me recuece en amargura el alma: ella se va extinguiendo en mil males, y peores son los que ahora se intentan.

Ed.—¡Aléjese este... nada me importa morir en todos modos, nada ser expulsado de la ciudad con oprobio! ¡Tu palabra me ha herido: las de él, no! Doquiera que se aloje, será aborrecido.

Cr.—Resuelves, te decides, pero tu odio perdura. Dominado de la ira, eres insufrible. Gente cual tú es la que a nadie atormenta más que a su propia alma.

Ed.—¡Como sea, vete. Ya queremos paz!

Cr.—Me alejo, ya me alejo. ¡Si me conocieras! Para estos, soy el mismo.

Sale Creón.

Corif.—¿Señor no piensas que hay que llevar al rey adentro?

Yoc.—¡Debo saber qué ha sucedido!

Corif.—¡Palabras simples, vanas suposiciones, pero, cuando es infundado, todo nos ofende!

Yoc.—¿Se debe a los dos?

Corif.—Exacto.

Yoc.—Y, ¿qué asunto era ese?

Corif.—¡Ya basta, basta! Mucho sufre la tierra para que agreguemos: deja eso en paz.

Ed.—Hombre de seso dices ser y ¿te das cuenta a donde quieres llevarme? ¿Nada te interesa ya? ¿Tan duro has hecho el corazón?

Coro.—Príncipe, ya lo he dicho. Y no una vez. Si de tí me desviara un solo instante, sería el más loco, el más insensato.

De tí fue la liberación, sería el más loco, el más insensato. de hundirse en el naufragio. Y ahora eres acaso el único que puede guiarla como buen timonel.

Yoc.—Por los dioses, también a mí declárame, oh príncipe, la causa de tu enojo tan intenso.

Ed.—Voy a decirlo: a ti sobre todos venero. Es la causa Creonte y lo que contra mí ha urdido.

Yoc.—Di todo, si es prudente, dí el proceso de los hechos.

Ed.—¡Declarar sólo que yo soy el matador de Layo!

Yoc.—¿De sí mismo lo dice? ¿De otro recibió el dicho?

Ed.—Trajo acá un adivino pervertido. El bien se cuida de nada declarar.

Yoc.—Ten buen cuidado de no preocuparte de esta inculpación.

¿Adivinos? ¡Engaño! ¡No hay hombre que vaticinar pueda! Voy a darte una prueba bien precisa y bien breve.

Pues bien, le llegó a Layo cierta vez de parte, no de Febo, sino de quienes le sirven, un vaticinio. Que era destino suyo que muriera de un hijo suyo en mí engendrado.

Y a Layo es fama pública que sucumbió a manos de unos forajidos extranjeros, en un sitio en que convergen tres caminos. Y el hijo que tuvimos, no bien cumplido tres días, cuando Layo mandó que lo arrojaran a una montaña desierta tras haberle ensartado los pies con un garfio de hierro.

Te vas ya dando cuenta qué mal quedó el oráculo de Apolo: ni el niño fue asesino de su padre, ni Layo, cual temía horrorosamente, fue matado por mano de su hijo. ¡Así de cierto son los oráculos! Luego en nada los tengas, que cuando un dios necesita que algo se realice, él mismo lo revela sin tardanza.

Ed.—¿Qué vuelo azota mi alma vagabunda, qué revuelta agitada invade mi mente, oh mujer, cuando te oigo!

Yoc.—¿De qué congoja te ves forzado a recapacitar?

Ed.—Acabo de oírte decir que Layo sucumbió en donde convergen tres caminos...

Yoc.—Eso se supo entonces, eso se dice ahora.

Ed.—¿En qué punto preciso del país se realizó el hecho?

Yoc.—La tierra es Fócida, y el lugar preciso es donde el camino de Delfos se une con el de Dáulide.

Ed.—¿De eso qué tiempo hace?

Yoc.—Puntualmente días antes de que tú tomaras el trono de esta ciudad se difundió en ella la noticia.

Ed.—¡Ay, ay, Zeus, qué has decretado hacer de mí?

Yoc.—¿Qué pesadumbre invade tu alma, oh Edipo?

Ed.—No preguntes aún; más bien dime qué aspecto tenía Layo, en qué edad se hallaba...